

RESEÑA

JAPPE, ANSELM; MAISO, JORDI; ROJO, JOSE MANUEL. CRITICAR EL VALOR, SUPERAR EL CAPITALISMO. ENCLAVE DE LIBROS, MADRID, 2015.

Jordi Magnet Colomer

Universitat de Barcelona

Entre los meses de octubre de 2014 y junio de 2015 tuvo lugar en la librería Enclave de Madrid la realización de un seminario de teoría crítica del valor-trabajo. El programa del seminario se estructuró en diez sesiones mensuales donde fueron abordadas diversas temáticas vehiculadas en torno a un eje común: el análisis de la sociedad de la mercancía sustentado en la caracterización del capitalismo como una formación social fetichista. Las distintas lecturas para dar contenido a cada una de esas sesiones intentaron abarcar el variado espectro de autores ubicados en la corriente teórica comúnmente conocida como “crítica del valor” (*Wertkritik*) (Robert Kurz, Anselm Jappe, Roswitha Scholz, Norbert Trenkle, etc.) -junto al recurso a alguna de sus fuentes (Marx, Isaak Illich Rubin)- y a otros autores no específicamente encuadrados en ella, pero próximos en muchos de sus planteamientos (p. ej. Moishe Postone)¹.

Paralelamente, el 11 de abril de 2015 el Grupo Surrealista de Madrid y la Sociedad de Estudios de Teoría Crítica (SETC) organizaron un encuentro-debate en la misma librería bajo el epígrafe “Criticar el valor, superar el capitalismo”. Son las intervenciones presentadas por Anselm Jappe (“Reforestar la imaginación”), Jordi

¹ El programa detallado de las sesiones del seminario, así como las lecturas de debate disponibles para su descarga, pueden consultarse en: <https://capitalycrisis.wordpress.com/>. Para una comparativa entre las concepciones de Robert Kurz, principal artífice de la consolidación teórica de la crítica del valor, y de Moishe Postone, véase el artículo de J. Maiso y E. Maura, “Crítica de la economía política, más allá del marxismo tradicional: Moishe Postone y Robert Kurz”, *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, nº 50, enero-junio de 2014, pp. 269-284, y también Silvia L. López, “Para una teoría crítica del presente: en conversación con Moishe Postone sobre las nuevas lecturas de Marx, la crisis y el antisemitismo”, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, nº 4, diciembre de 2012, pp. 383-384.

Maiso (“Desilusiones necesarias: a modo de presentación”) y Jose Manuel Rojo (“De la economía crítica a la crítica de la economía”) en el marco de aquel encuentro las que se publican en el libro que aquí reseñamos. Complementa el volumen la transcripción del debate generado posteriormente y otro texto suplementario de Jappe (“¿Libres para la liberación?”), con el que se da cierre a esta breve -apenas 96 páginas- pero compacta publicación, cuyo mérito más notorio consiste en haber condensado en tan limitado formato los contornos elementales del diagnóstico de esta joven corriente teórica, tal como se ha venido gestando desde los años ochenta del pasado siglo hasta nuestros días, sin caer por ello en burdos esquematismos o simplificaciones de manual.

La agudización de la crisis del capitalismo a la que estamos asistiendo -por lo menos de forma nítida desde el año 2008- ha favorecido la difusión internacional de los planteamientos de los teóricos del valor. Su clarividente análisis sobre las causas y consecuencias de la crisis del capitalismo, se asienta en el afán de ofrecer -escribe Jordi Maiso- “una explicación concreta e histórica de los procesos sociales a partir de las categorías que estructuran la vida social en el capitalismo” (pp. 28-29). Si bien la crítica del valor surge inicialmente en Alemania fuera de los ambientes académicos, decide abstenerse por buenos motivos de brindar hipotéticos modelos de estrategia o actuación políticas, abogando por salvaguardar en todo momento la autonomía de la teoría crítica respecto a la praxis “movimentista”.

Cabe insistir en el hecho de que el revulsivo teórico que supone la aportación de los críticos del valor a la comprensión de la dinámica evolutiva del capitalismo debe mucho a la lucidez y pertinencia de sus diagnósticos. Existe cierta unanimidad en su seno al considerar que la economía capitalista, despegada de las demás esferas de la vida social, que languidecen a su suerte plenamente subordinadas a la lógica y los designios del fetichismo de la mercancía, habría seguido una vorágine desenfrenada, cual “sujeto automático”, motivada por un continuo proceso de “autovalorización y autocrecimiento” (J. M. Rojo, p. 34). Los primeros síntomas del colapso de esta dinámica, generados por la drástica disminución de la capacidad de valorización del capital, se intentaron solventar ya desde los años setenta del pasado siglo con el recurso masivo a la financiarización de la economía, esto es, a la creación de dinero ficticio y a un modelo de crecimiento centrado en gran medida en la concesión de crédito. A estas alturas, resulta evidente que el recurso a esta gran “simulación”, con el fin de insuflar algo de vitalidad a la moribunda esfera económica, solo ha servido para alargar la agonía de un sistema en fase terminal.

Que el proceso de modernización capitalista está abocado a una crisis final no es una profecía milenarista carente de fundamento. Los indicios que vendrían a corroborar el diagnóstico de que el capitalismo entró hace tiempo en una dinámica autodestructiva de no-retorno, en una fase irresoluble de declive o

“descomposición”², se hicieron visibles en los inicios de la década de los años setenta. Entonces la lógica funcional del capitalismo colisionó con sus límites internos y externos. Los tres niveles de la crisis (económica, ecológica y energética) salieron simultáneamente a la luz precisamente en ese período (A. Jappe, p. 54). La crisis económica coincide con el colapso del valor, es decir, con la incapacidad de la economía para continuar generando valor con la producción de mercancías. El ahorro de trabajo humano que supuso la inclusión de sistemas informáticos y de la microelectrónica en el aparato productivo, sentó las bases de esta crisis de valorización del capital. La sustitución del trabajo humano por la tecnología, como requisito cuasi-indispensable para no quedar en una posición rezagada dentro del marco de la lógica competencial existente entre productores, condujo paulatinamente a una reducción de las posibilidades de seguir incrementando el valor, pues únicamente el trabajo humano es capaz de otorgar valor a las mercancías (A. Jappe, p. 76)³. Otro corolario previsible de este proceso autosacrificial, se pone de manifiesto en el hecho de que grandes masas de la población mundial no son en la actualidad explotadas de un modo directo como lo era el antiguo proletariado, porque ni siquiera pueden ser empleadas, devienen así población “inútil” o “superflua” desde el punto de vista de la economía mercantil. De ahí la conveniencia de repensar el imaginario asociado tradicionalmente a la categoría de “explotación”, reactualizándolo a las condiciones contextuales de nuestro presente.

Teniendo en cuenta que la motivación última que impulsa el funcionamiento del capitalismo consiste en la transformación de una “cantidad inicial de valor en una cantidad mayor” (A. Jappe, p. 48), la prescindencia del trabajo vivo en favor de las máquinas ha minado por doquier los cimientos que sostienen la economía capitalista. Incluso los economistas burgueses, sin poder precisar en realidad los verdaderos motivos ni todas las implicaciones que dicho escenario comporta, reconocen con holgado consenso que la economía se halla en una fase de “estancamiento secular” (Lawrence Summers), sin crecer y con escasas o nulas expectativas de que pueda hacerlo en un futuro (J. M. Rojo, p. 35). Por lo demás, tarde o temprano el crecimiento incontrolable de la economía tenía que toparse también con sus límites externos. Cuando apenas empezaba a avistarse la crisis ecológica, en 1972 el Club de Roma elaboró un informe sobre “Los límites del

² Véase el compendio de artículos de Jappe reunidos en su obra *Crédito a muerte. La descomposición del capitalismo y sus críticos*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2011.

³ Dos procesos anejos al capitalismo, cuya comprensión no debe ser subestimada para comprender adecuadamente el *quid* de la crítica del valor, son: 1) a través de qué mecanismos el lado abstracto del trabajo se impone en el capitalismo a su lado concreto y 2) por qué solo el trabajo humano tiene la capacidad de producir “valor”. Como es obvio, no podemos detenernos a desglosar estos dos fenómenos con el detalle que merecería. Remito al lector interesado a las páginas 46-47, 52-54 y 63-65 del libro que nos ocupa.

crecimiento". La llamada crisis del petróleo también hizo patente que en lo sucesivo el acceso a los recursos energéticos necesarios para mantener el dinamismo del capital a flote iba a encontrarse con más obstáculos que antaño.

Nótese que el capitalismo se ha abocado a una situación de crisis sin contribución alguna de sus tradicionales oponentes históricos -la "izquierda"- que en no pocas ocasiones lo han incluso reforzado en sus fundamentos. Tanto es así, que la crítica del valor pone en duda toda pretensión -pasada, presente o futura- de combatir la formación social capitalista mediante propuestas que no supongan una ruptura explícita con las categorías fetichistas que la estructuran. La coherencia de su crítica toma a menudo la forma de una crítica de la incoherencia. Traduce así, otorgándole contenido en términos concretos, el axioma teórico según el cual no puede lucharse contra la alienación bajo formas alienadas. El valor, el trabajo abstracto, el dinero y la mercancía son las categorías -históricas- que determinan y constituyen las formas de objetividad (fetichista) y subjetividad (narcisista) en el capitalismo. Lo específico del modo de dominación capitalista no reside, al menos no exclusiva ni principalmente, en la propiedad privada de los medios de producción o en la extracción de plusvalía durante el proceso de trabajo, tampoco en el dominio impuesto por una determinada clase social o una desalmada élite de financieros especuladores, radica más bien, como sostiene oportunamente Jordi Maiso en su texto, en el dominio que imprime al todo social este marco categorial que coloniza nuestras formas de existencia y nos configura como sujetos (p. 30).

Sirviéndose de la lucha de clases como instrumento de emancipación, el movimiento obrero clásico, estuviera o no enmarcada su acción en la estructura de partidos o sindicatos, priorizó por lo general aquellas estrategias encaminadas a la obtención de la propiedad colectiva o estatal de los medios de producción y/o a un reparto más equitativo de la riqueza. En este sentido, siguiendo algunos de los razonamientos del propio Jappe, Jose Manuel Rojo constata cómo la tecnofilia y la confianza acrítica depositada en el desarrollo de las fuerzas productivas, junto al no cuestionamiento de las formas de producción fordista-taylorista, estuvo incorporado indistintamente en el corpus teórico de figuras en apariencia tan dispares como Lenin, Gramsci, o Diego Abad de Santillán, así como, en general, en las diversas corrientes del movimiento obrero en las que se encuadraban sus respectivas aportaciones (comunismo, anarcosindicalismo). En palabras de Jappe, la mayoría de teóricos estuvieron presos en el "horizonte de la producción de valor" (p. 50). De este modo, el dominio del trabajo abstracto no era puesto en cuestión y, en lo esencial, las luchas "no rebasaban la inmanencia del sistema capitalista" (p. 49).

Actualizando de modo encomiable la "crítica de la crítica" a las aportaciones contemporáneas en curso, esta nueva corriente teórica no vacila a la hora de confrontarse con el análisis marxista tradicional, con el neo-operaísmo italiano o con

el renovado insurreccionalismo en la estela del Comité Invisible. Por lo demás, advierten reiteradamente acerca de los peligros asociados al surgimiento de nuevas formas de populismo y rechazan, a su vez, toda ilusión politicista. No olvidan tampoco desenmascarar las vanas esperanzas depositadas en el “progreso tecnológico”, especialmente la confianza de nuevo cuño en el pretendido potencial emancipatorio de las nuevas tecnologías. Luego de ciertas vacilaciones iniciales, los críticos del valor han tomado plena conciencia de que la crítica de la sociedad capitalista es indisociable de la crítica de la ciencia y de la técnica modernas. Como se encargó de mostrar fehacientemente Jean-Marc Mandosio en su obra *En el caldero de lo negativo* (2003), la fe en la posibilidad de un nuevo empleo de la tecnología y del industrialismo, orientado a fines emancipatorios, fue incluso secundada por los situacionistas. Distanciarse del programa utópico de una redirección en su uso, a partir del dictamen, ciertamente correcto, de que la técnica no es neutral, tampoco debería traducirse, sin embargo, -a riesgo de incorporar planteamientos cercanos al del segundo Heidegger o a otros autores conservadores de la *Kulturkritik*- en una concepción de la técnica como potencia en sí misma, sin tener en cuenta las fuerzas sociales, económicas y políticas que determinan en sumo grado su función y su uso. Es preciso que la crítica del valor profile con mayor esmero los contornos de su crítica a la tecnología, mostrando siempre que sea preciso sus credenciales frente a otras aportaciones, ya se trate de Heidegger, Hans Jonas, los decrecentistas o los anti-industrialistas⁴.

Frente a la tentación de achacar a los críticos del valor una certificación teórica de la crisis sin líneas de fuga, conviene aclarar que las categorías que rigen la vida social en el capitalismo (valor, trabajo abstracto, dinero y mercancía) no determinan la existencia de un modo absoluto. De ser así, la crítica del valor bien podría sucumbir al pesimismo derrotista o abogar por el cultivo del propio jardín. Aunque la

⁴ En su exposición acerca de la singularidad de la crítica del valor de Jappe, Jordi Maiso destaca que el autor alemán ha entablado, en efecto, fructíferas discusiones con otras corrientes como el decrecimiento (p. ej. con Serge Latouche). Sin duda en este punto, da muestras de una mayor predisposición al diálogo que René Riesel y Jaime Semprún, los cuales optan por la crítica despiadada a las ideas de Latouche (*Catastrofismo, administración del desastre y sumisión sostenible*. Logroño: Pepitas de Calabaza, 2011, pp. 94-104). Un resumen de la postura de Jappe sobre el decrecimiento se encuentra en la entrevista publicada por El Viejo Topo en su “dossier decrecimiento”, nº 258-259, 2009, pp. 51-52. Por otra parte, retomando una sugerencia que se le formula a Jappe en el debate, la crítica del valor no solo tendría que aclarar su posible deuda con las corrientes bordiguistas (en especial con Jacques Camatte o Gilles Dauvé), por lo demás enzarzadas desde hace años en interminables discusiones de capilla y, por lo menos su tendencia francesa, pululando en torno a *La Vieille Taupe* y a la controvertida figura de su fundador Pierre Guillaume, sino que resultaría a todas luces pertinente que ahondara también en aquellos paralelismos y desavenencias con la tradición del llamado “*open-marxism*” (Werner Bonefeld, John Holloway, etc.)

ruptura con la formas de socialización capitalista sea una tarea compleja, el acceso al “Pasaje al Noroeste de la geografía de la verdadera vida” (Debord) permanece abierto. Históricamente, su vislumbramiento no ha sido patrimonio de aquellos que han perpetuado el culto al trabajo -abstracto- sin trascender los parámetros de la sociedad mercantil, sino, como dice Jappe, de la tradición poética francesa desde Baudelaire (p. 51), baste pensar en el dadaísmo, el surrealismo o los situacionistas. A día hoy, el principal escollo para una quiebra de tal calibre, animada por el potencial subversivo de la imaginación, la alegría o el placer auténticamente vividos, es la “crisis de la forma-sujeto”, “de la constitución psíquica de los sujetos capitalistas”, que adquiere las tonalidades de una “regresión antropológica” a gran escala, caracterizada por un aumento galopante del narcicismo que coarta el desarrollo hacia nuevas formas de cooperación social (A. Jappe, p. 55). Por eso Jappe lleva a cabo un particular maridaje entre crítica del valor y metapsicología freudiana (J. Maiso, p. 31). Indagar en qué medida puede restablecerse esta subjetividad, y determinar los procesos que la dañan⁵, junto a la dilucidación de los mecanismos de entrelazamiento con los tres niveles restantes de la crisis (económica, ecológica y energética), es sin duda uno de los mayores retos a los que debe dar respuesta la crítica del valor.

⁵ En espera de que vea la luz el nuevo libro en el que está trabajando actualmente Jappe, *Las aventuras del sujeto moderno* (véase al respecto A. Hemmens, “We gotta get out of this place. Interview with Anselm Jappe”, <http://www.brooklynrail.org/2015/09/field-notes/anselm-jappe-with-alastair-hemmens>), da la impresión de que hasta ahora el autor alemán se ha conformado con apuntar esta crisis de la subjetividad, detectando con acierto sus manifestaciones superficiales, pero sin profundizar suficientemente en sus causas. Recurrir con la rigurosidad que requiere a los estudios psicoanalíticos del *Institut für Sozialforschung*, principalmente a la obra de Adorno, incluso al malogrado freudomarxismo, podría contrarrestar sin duda esta apreciación. En esa dirección, véase, por ejemplo, J. Maiso, “La subjetividad dañada: Teoría Crítica y psicoanálisis”, *Constelaciones. Revista de Teoría Crítica*, nº 5, diciembre de 2015, pp. 132-150.